

**ASENTAMIENTOS PREHISPÁNICOS Y PUEBLOS DE INDIOS
COLONIALES SOBRE EL RÍO SALADO (SANTIAGO DEL ESTERO,
ARGENTINA). MIRADAS DIALOGADAS ENTRE LA ARQUEOLOGÍA Y
LA HISTORIA**

**PREHISPANIC SETTLEMENTS AND SPANISH PUEBLOS DE INDIOS
IN THE SALADO RIVER (SANTIAGO DEL ESTERO, ARGENTINA).
AN INTERDISCIPLINARY DIALOGUE BETWEEN ARCHEOLOGY AND
HISTORY**

Constanza Taboada*
Judith Farberman**

RESUMEN

Este artículo se ocupa de las sociedades indígenas que habitaban la región del río Salado Medio (Santiago del Estero, Argentina) en el momento de bisagra que señala la conquista española. Pensado como un esfuerzo interdisciplinario, su propósito es evaluar la información textual sobre la zona a partir de las preguntas y de los datos provistos por la arqueología, explorando algunas hipótesis. Entre ellas, la posible relación entre zonas arqueológicas diferenciadas y “provincias” coloniales en el Salado, la identificación de un enclave resistente al dominio español en la zona de los Bañados de Añatuya y la existencia de una frontera no necesariamente conflictiva con los habitantes del Chaco.

Palabras clave: Santiago del Estero, Río Salado, pueblos de indios coloniales, poblaciones prehispánicas, frontera chaqueña

* . IAM-UNT/ ISES-CONICET. constanzataboada@gmail.com

** . CeHcMe-UNQ/ CONICET. jfarberman@unq.edu.ar

ABSTRACT

This article focuses on the indigenous societies that once habited the southern region of the middle Salado River (Santiago del Estero, Argentina) during the Spanish conquest. Thought as an interdisciplinary effort, its purpose is to interpret the information we have about the area through questions and data introduced by the archeologist, exploring some hypothesis. Among them is the possible relation between the archeological areas and the colonial 'provinces' in the Salado, the organization of an indigenous rebellion against the Spanish 'conquistadores' in the Bañados de Añatuya and the existence of a not necessarily conflicting frontier with the inhabitants of Chaco.

Keywords: Santiago del Estero, Salado rive, Spanish pueblos de indios, prehispanic settlements, chaco's frontier

RESUMO

Este artigo se ocupa das sociedades indígenas que habitavam a região do rio Salado Médio (Santiago del Estero, Argentina) no momento de bisagra que marca a conquista espanhola. Pensado como um esforço interdisciplinar, seu propósito é ler a informação textual sobre a zona a partir das perguntas e dados proveitos pela arqueologia, explorando algumas hipóteses. Entre elas, a possível relação entre zonas arqueológicas diferenciadas e "províncias" colonial no Salado, a identificação de um enclave resistente ao dominio español na zona dos banhados de Añatuya e a existência de uma fronteira não necessariamente conflitantes com os habitantes do Chaco.

Palavras chave: Santiago del Estero, Rio Salado, povos indígenas do colonial, populações pré-hispânicas, fronteira chaqueña

INTRODUCCIÓN

Históricamente enfocadas en sus propias problemáticas y metodologías, poco se ha trabajado desde la arqueología y la historia para pensar conjuntamente los procesos históricos y sociales que constituyeron a las poblaciones aborígenes que, en momentos pericoloniales, habitaron la región del río Salado en el actual Santiago del Estero (Figura 1). Esta investigación se propone como un esfuerzo interdisciplinario que, entre otros interrogantes, se pregunta por la organización de los asentamientos indígenas prehispánicos tardíos y los pueblos de indios coloniales, así como sobre los modos en que estas poblaciones se vincularon y afrontaron

coyunturas de tan inmensa significación como la conquista europea. Problematiza, también, los estereotipos proyectados desde las diversas disciplinas y lectura de datos sobre los modos de vida de las sociedades indígenas de la llanura.

En un artículo anterior (Farberman y Taboada 2012) llamábamos la atención sobre algunos reduccionismos e incongruencias entre clasificaciones históricas, arqueológicas y étnicas y sobre la complejidad que implica su abordaje (Schaposchnik 1997; Giudicelli 2011; Taboada 2013a; entre otros.). La continuación de la lectura compartida generó nuevos cuestionamientos. Entre ellos sobresalen la nunca estudiada potencial relación entre sitios arqueológicos tardíos y pueblos de indios coloniales y la contradicción entre la homogeneidad que proyectó la arqueología para la región –que daba cuenta de la existencia de grupos estables con economía mixta para tiempos tardíos, englobados a su vez bajo manifestaciones culturales en apariencia uniformes (Taboada 2011)- y la tajante división entre nómades-salvajes y labradores-sedentarios presente en las fuentes textuales. Una mirada interdisciplinaria pone también en entredicho el supuesto historiográfico de una frontera de fricción interétnica permanente con el Chaco, supuesto que se podría matizar a partir de evidencias arqueológicas y textuales de contacto y aún de alianza política para los primeros momentos de la Colonia.

A las lecturas unidimensionales brevemente reseñadas, se sumaron los estereotipos existentes en ambas disciplinas sobre la idiosincrasia de las sociedades de tierras bajas en general, que remitían fundamentalmente a un bajo nivel de complejidad sociopolítica y a un papel más bien receptivo de influencias de las tierras altas (Taboada 2013b). Como resultado de su influjo, poco se ha pensado sobre los modos de vida que la evidencia arqueológica sugería y sobre el nivel de complejidad y el papel activo que jugaron las poblaciones de la región a nivel local e interregional en la promoción de intercambios y alianzas.

Este problema adopta una dimensión crucial cuando se inaugura la etapa de conquista y colonización hispana, que es la que las fuentes escritas documentan mayormente. Como se verá en los apartados que siguen, las relaciones de las sociedades indígenas con los recién llegados venían permeadas por su historia prehispánica: la resistencia inicial contra los españoles parece apoyarse en una tradición de alianzas y negociaciones políticas que habrían alcanzado un gran despliegue en los tiempos del Inca (Angiorama y Taboada 2008; Taboada y Angiorama 2010; Taboada 2013b, 2014; Taboada et al. 2013). De la etapa de contacto y colonial, interesarán a este trabajo las percepciones hispanas de las diferencias culturales –que cristalizaron en la configuración de

diversas “provincias”-, los alzamientos protagonizados por ciertos grupos habitantes del Salado, las relaciones tempranas con los grupos del Chaco y los primeros momentos de organización del trabajo indígena.

OBJETIVOS, HIPÓTESIS Y METODOLOGÍA

En función de avanzar hacia un modelo interpretativo más libre de estereotipos y acorde tanto a la evidencia arqueológica como documental, este artículo propone una lectura interdisciplinar sobre los procesos ocurridos entre fines del periodo prehispánico y principios de la Colonia entre las poblaciones indígenas que habitaron, circularon e interactuaron en la zona del río Salado del actual Santiago del Estero. Más concretamente, pone en articulación con los textos escritos, hipótesis que venimos pensando desde la lectura de la evidencia arqueológica prehispánica y colonial.

Partimos de plantear un núcleo sociocultural diferenciado en torno a los Bañados de Añatuya. Un ámbito que parece haber tenido un rol político preponderante en relaciones establecidas tanto con incas como con pueblos chacolitoraleños en tiempos prehispánicos inmediatos anteriores a la Colonia y que mantuvo su continuidad con la llegada de los españoles (Taboada 2013b, 2014). A la vez, el análisis de la situación arqueológica del resto de la Provincia parece indicar otras diferencias en la ocupación del territorio, en el manejo de las relaciones sociales y en las manifestaciones culturales, y que permiten esbozar el panorama prehispánico que se desplegaba en la cuenca del Salado en dichos momentos.

Así, además de avanzar en la construcción interdisciplinar de la mencionada hipótesis, esta investigación plantea una lectura más amplia de la organización regional colonial de la zona santiagueña del Salado: del cruce de estos datos surgen preguntas e hipótesis que han de guiar el trabajo. Entre ellas, si es posible establecer alguna vinculación entre zonas arqueológicas diferenciadas y las “provincias” referidas por los colonizadores para el Salado, así como señalar la existencia de un enclave resistente al dominio español en el área de los Bañados de Añatuya –donde planteamos que quizás se emplazó el pueblo de indios de Lasco- con el apoyo de grupos chaqueños.

A los fines de la investigación trabajamos con información arqueológica e histórica de la cuenca del río Salado. El análisis arqueológico se centró en trabajos de campo que desde 2011 realizamos

en torno a los Bañados de Añatuya y sumó información bibliográfica y de colecciones de toda la región. En el sector mencionado trabajamos en mayor profundidad los sitios Sequía Vieja y Mancapa (Figura 2) que, según nuestros avances, tuvieron ocupación prehispánica y colonial (Taboada 2013b, 2014). Las prospecciones, excavaciones y análisis de materiales nos permiten afirmar que las poblaciones indígenas tardías de esa zona se hallaban instaladas en asentamientos permanentes, con un modo de vida productivo-extractivo y una configuración sociopolítica organizada. Una caracterización esperable para grupos que habrían entablado y mantenido redes de gran alcance político en el tiempo y el espacio (Lorandi 1980, 1984; Williams y Cremonte 1994; Taboada et al. 2013), pero en apariencia incongruente con la imagen transmitida por los primeros relatos. Estos aluden a grupos nómades, recolectores, o labradores de baja complejidad a los ojos de los españoles (Farberman y Taboada 2012). La información generada en los trabajos de campo aporta además, por primera vez, datos no documentales sobre pueblos de indios coloniales y sus implicancias para pensar modelos de funcionamiento y organización desde la lectura material.

La información textual procede de fuentes más o menos conocidas y fue interpretada en articulación con la arqueológica. Además de relevar las primeras crónicas y las compilaciones de Levillier (1919, 1920) y Larrouy (1923), consultamos las copias dactilografiadas de documentos del Archivo General de Indias de la Colección Gaspar García Viñas de la Biblioteca Nacional. También releímos el conjunto del corpus a la luz de materiales muy posteriores al contacto hispano indígena, capitalizando nuestras investigaciones precedentes sobre la historia santiagueña de los siglos XVIII y XIX (Farberman 2005, 2008, 2011).

A partir de esta perspectiva, el artículo explora cómo las diferentes poblaciones nativas pudieron constituirse y operar relacionándose entre sí, con grupos indígenas no locales y con los españoles; cómo constituyeron sus territorios y cuáles fueron los mecanismos sociales de posicionamiento que desarrollaron. Se hipotetiza una situación en la que, lejos de ser pasivas receptoras del control y avance incaico, español o chaqueño, las poblaciones originarias actuaron activamente desde diferentes planos, haciendo uso de estrategias bélicas, diplomáticas, económicas y simbólicas.

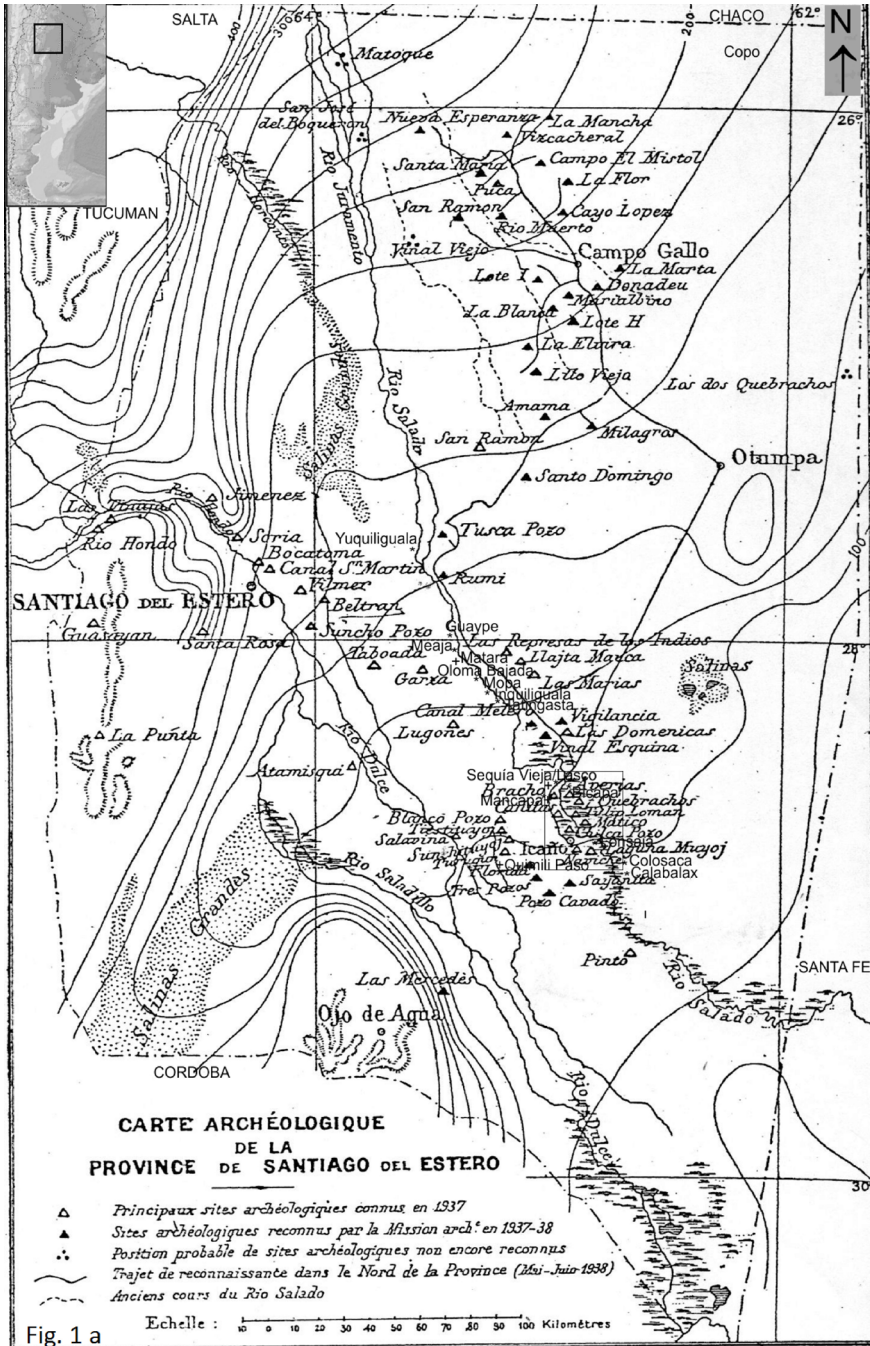


Fig. 1 a Mapa de la provincia de Santiago del Estero con ubicación de sitios arqueológicos y lugar estimado de pueblos de indios coloniales (modificado de Reichlen 1940). El rectángulo delimita el área de los bañados de Añatuya.

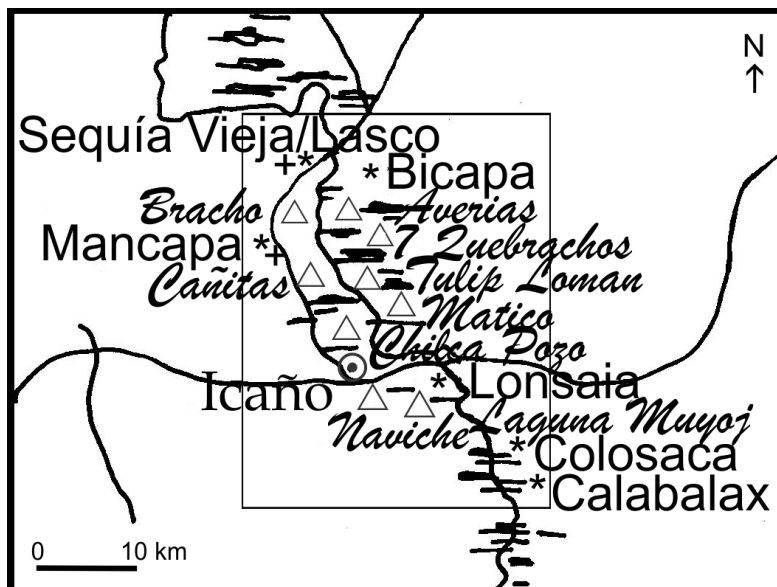


Figura 2. Ampliación del área de los Bañados de Añatuya (ubicación probable según Castro 2014).+ Sitios arqueológicos no indicados por Reichlen * Pueblos de indios

MODELOS SOCIOPOLÍTICOS EN JUEGO

Es bastante poco lo que se ha avanzado desde la arqueología respecto de modelos y procesos socioculturales que den cuenta de las sociedades indígenas de momentos de contacto que habitaban la región del actual Santiago del Estero. Primeramente porque el tema fue eludido por los hermanos Wagner y radicalizado por sus detractores sin una mayor profundización (Relaciones 1940; Martínez et al. 2011). Tampoco fue abordado por los demás investigadores que, aunque excavaron sus vestigios, se centraron en la problemática prehispánica. Gramajo (1979, 1994) fue quien más se acercó al tema definiendo particularidades del material hispano indígena y reseñando algunas continuidades durante el momento de contacto, y Lorandi (1978) demostrando la asociación y perduración de Sunchituyo y Averías hasta el siglo XVII.

Respecto de la diversidad al interior del territorio y las interacciones regionales, varios investigadores señalaron puntuales diferencias materiales, temporales y espaciales así como potenciales vinculaciones con poblaciones de otras regiones para época prehispánica tardía, pero no ahondaron en los procesos implicados (Wagner y Wagner 1934; Bleiler 1948; Von Hauenschild 1949; Gramajo 1979, 1982). En dicho sentido,

fue Ana María Lorandi (1980, 1984) quien marcó el punto de inflexión en la arqueología regional al hipotetizar el interés del incario sobre las poblaciones de la llanura santiagueña y el traslado de mitimae a los valles. Lorandi (1974, 1978) plasmó también una primera caracterización de la vida cotidiana de estas comunidades tardías, señalando su asentamiento estable, un manejo organizado del agua, producción de cultivos, cerámica y textil, ritualidad, etc. O sea, poblaciones sedentarias, agrícolas-extractoras y artesanas que interactuaban regionalmente, alejándose de los estereotipos de las sociedades de tierras bajas y de la primera impresión hispana.

También la historiografía colonial ha pensado recientemente los procesos santiagueños en articulación con otros de mayor alcance. Así, Silvia Palomeque (2009) ha situado a Santiago del Estero y su área de influencia en un conjunto regional inclusivo de otras ciudades de las tierras bajas –Ibatín, Esteco y Madrid de las Juntas- precozmente desaparecidas. La colaboración de grupos indígenas amigos y los recursos materiales de las llanuras habrían permitido las fundaciones y con ellas la conquista inicial, que se reveló altamente destructiva. En consecuencia, el ascenso de las tierras altas habría sido edificado sobre las ruinas de las bajas. Esta alteración del equilibrio regional se habría manifestado también en el interior de la llanura santiagueña, debilitando a los pueblos del río Dulce y preservando –en términos relativos- a los del Salado.

Por nuestra parte, las preguntas iniciales giraron en torno al papel de la metalurgia andina, de la que se hallaba gran cantidad de evidencia -casi con exclusividad- en los sitios de los Bañados de Añatuya y en su gran mayoría en Sequía Vieja. Concluimos en la alta posibilidad de que se hubieran establecido alianzas y relaciones negociadas con los incas en las que los objetos de metal en cuestión (placas, *topus*, *liwis*, *tokis*, hachas, mazas estrelladas, manoplas, lauraques, todos ellos bienes asociados a investidura) habrían jugado como dones (Angiorama y Taboada 2008; Taboada y Angiorama 2010) y aún como reconocimiento hacia jefes locales y sus mujeres (Taboada 2013b, 2014) en vinculación con el proceso de interacción planteado inicialmente por Lorandi. La presencia paralela de elementos típicos de la llanura en contextos incaicos de los valles intermontanos también remitía a un contacto no eventual con incas y poblaciones de los valles (Taboada *et al.* 2013). En conjunto, parecían indicar redes de intercambio y resignificación mantenidas entre poblaciones de tierras altas y bajas en tiempos prehispánicos y luego sostenidas y reformuladas en la Colonia. El análisis paralelo del panorama arqueológico conocido para la Provincia nos llevó a discutir la

homogeneidad que parecía traslucirse de las clasificaciones cerámicas y cronológicas (Taboada 2011). Propusimos también un modelo alternativo al estereotipo de tierras bajas para concebir a las poblaciones de la región, que puso en juego la diversidad y complejidad que veíamos desde la relectura arqueológica, histórica y etnográfica (Taboada 2013b).

LA OCUPACIÓN PREHISPANICA FINAL Y COLONIAL DEL SALADO: VISUALIZACIÓN DEL PANORAMA ARQUEOLÓGICO

Como ya adelantábamos, la caracterización de la ocupación prehispánica del Salado al momento del arribo español no ha sido planteada como problemática hasta ahora. En función de armar un primer panorama de dicha situación, en este apartado exponemos un reanálisis de la evidencia arqueológica conocida abordado específicamente para visualizarla.

Ahora bien, el conocimiento arqueológico de la zona del Salado dentro de Santiago es notablemente desigual y para varios sectores de la cuenca no contamos con información arqueológica -lo que no implica, por supuesto, ausencia de ocupación-. A ello se suma que la mayor parte de los sitios conocidos carecen de dataciones. Aún así, una revisión de la arqueología conocida para el área de influencia del Salado nos permite pensar que gran parte de ese espacio estaba poblado al momento de la conquista hispana y que estas sociedades mostraban simultáneamente cierta unidad y diversidad entre sí, según veremos en los siguientes apartados. La posibilidad de calibración actual de los fechados que obtuvo Lorandi en los años '70 permite ampliar la estimación de poblaciones -y del espacio que ocupaban- que vivían al momento de contacto con los españoles, así como sostener la variedad de contextos, sitios y situaciones materiales asociadas a ellas. Paralelamente resulta significativo que, a pesar de las referencias sobre diversos pueblos de indios coloniales asentados en el Salado, sean escasos los sitios arqueológicos que han presentado evidencias europeas en contextos indígenas de la región. Estos se concentran -y quizás se limitan- a la zona de los Bañados de Añatuya (Gramajo 1979). La consideración de esta situación -aún con los vacíos de información de otras áreas- será un aspecto importante en nuestro análisis. En lo que sigue, se analiza y sectoriza la (desigual) información arqueológica disponible para la región tomando en cuenta las características de los sitios, la presencia o ausencia de metalurgia y elementos andinos y chaqueños en ellos y la presencia de evidencia de

ocupación en época colonial, entre otros aspectos. Esta nueva lectura de viejos datos -a los que se suman los generados por el proyecto-, a la vez que permite ponderar la excepcionalidad del área de los Bañados de Añatuya y visualizar un mapa con ausencia de evidencias hispanas allende el Salado -hasta ahora no señalado-, nos introduce en la cuestión de la “provincialización de las diferencias culturales” que sugieren las fuentes coloniales y que desarrollaremos con exhaustividad más adelante.

Los Bañados de Añatuya y los sitios de Sequía Vieja y Mancapa

El análisis de los materiales de colección recuperados en los sitios de los Bañados de Añatuya principalmente por los hermanos Wagner (Wagner y Wagner 1934; Wagner y Righetti 1946) y Pedersen (1952), nos permitió definir una especie de isla donde se distribuían en sobreabundancia o exclusividad objetos de metal y rasgos andinos, además de otros bienes alóctonos. Esta revelación, confrontada con nuestros primeros resultados de excavaciones en uno de los sitios más representativos de dicha situación (Sequía Vieja) y en otro de menor relevancia (Mancapa), nos llevaron a proponer que este conjunto de sitios parecía constituirse como un núcleo con características sociopolíticas diferenciadas, donde Sequía Vieja parecía jugar un papel destacado (Taboada 2013b, 2014).

Varios de los bienes allí registrados son ajenos a la tradición local, típicos de tierras altas -además de los objetos de metal, se registran cuentas de minerales de cobre y quizás de Spondylus, pichcas, etc.- y también del chaco y litoral -pipas, rasgos morfoestilísticos-, que nos remiten a potenciales vínculos con grupos de estas zonas en diferentes momentos pericoloniales. Estos bienes presentan su más alta recurrencia y variedad en Sequía Vieja. Se concentran allí, además, miles de torteros, y aparecen registros cerámicos parcialmente diferenciados de los tradicionales de la llanura santiagueña. Un análisis integral parece remitir al desarrollo de nuevas prácticas de comensalidad y funerarias no registradas para el resto de los contextos conocidos para la Provincia. Estas parecen poder vincularse a situaciones de intercambio y encuentro entre diferentes agentes y poblaciones, así como a un desarrollo explosivo de esta zona entre fines del periodo prehispánico y principios de la Colonia (Taboada 2013b, 2014).

Los resultados de los primeros análisis empiezan a poner en perspectiva cronológica los procesos que vislumbramos desde el estudio de colecciones. Por tres dataciones sabemos que en el sitio Mancapa

existió un asentamiento permanente entre 1250 y 1650 cal. D.C. (2 sigmas) (Taboada 2013b, 2014). El período puede ser menos amplio, pero indudablemente muestra el origen prehispánico de la instalación en el lugar y su perduración durante la Colonia, algo que hasta ahora no se había establecido con certeza para ningún sitio de la zona. La información de campo y el registro de ciertos bienes y rasgos morfoestilísticos permiten situarlo dentro del núcleo de sitios con caracteres compartidos y vincularlo al proceso de relación andina, aunque con una presencia material más débil que la que muestra Sequía Vieja. La información documental que describe a un pueblo de indios colonial homónimo poco destacable por su envergadura demográfica -según veremos-, confrontada con la ubicación geográfica, tamaño y densidad del sitio arqueológico Mancapa y la recuperación de material europeo concentrado en un sector del mismo, habilita pensar su correspondencia.

En cuanto a Sequía Vieja, contamos por ahora con un solo fechado, que data el contexto entre 1426 y 1497 cal. D.C. (con un 0,984 de probabilidad, 1 sigma), ajustándose a época incaica y a nuestras presunciones sobre el papel preponderante jugado por entonces por las poblaciones de esta área y por Sequía Vieja en particular (Taboada 2013b, 2014). Este sitio se constituye como uno de los más importantes -sino el más- del conjunto que con rasgos particulares compartidos se distribuye alrededor de los Bañados de Añatuya. No sólo presenta mayor tamaño (unas 15 hectáreas), densidad y complejidad en su organización interna, sino que es allí donde se concentra la mayor variedad y cantidad de objetos ajenos a la tradición local. En Sequía Vieja convergen además grandes vasijas ahusadas tricolor, platos bicolor cuatripartitos y vasos altos con formas y estilos de representación ausentes en el registro de otras zonas. Las excavaciones permiten ubicar al menos algunos de estos recipientes y diseños en el contexto datado en época incaica. Este conjunto artefactual puede ser asociado con la contención, servido e ingesta de grandes cantidades de comida y bebida, implicando un cambio importante en las prácticas de consumo y encuentro social, así como en la marcación estilística identitaria, sugiriendo encuentros entre poblaciones o agentes de diversas tradiciones y regiones (Taboada 2013b, 2014). Encuentros que, según la evidencia del sitio y las hipótesis en juego, podrían remitir a fiestas para la negociación y el fortalecimiento de alianzas, tales como las mentadas “juntas y borracheras” de las fuentes coloniales (Castro Olañeta 2002; Farberman 2005). De hecho, también para aquellas poblaciones con quienes exploramos vínculos, como incas y chacolitoraleños, los banquetes y convites formaron parte de sus políticas de negociación (Paucke 1943; Dillehay 2003).

Ahora bien, también existen en Sequía Vieja evidencias postcontacto: cuentas venecianas, loza Talavera, cerámica vidriada e hispano-indígena, objetos de hierro y cruces cristianas. Dichos materiales proceden de colecciones y también fueron recuperados en mediante prospecciones en el sitio, y registrados en diferente grado, cantidad y asociación con material indígena predominante en la excavación de dos contextos domésticos coloniales (Taboada 2013b, 2014). Esto permite afirmar la ocupación nativa del sitio también durante la Colonia. Más aún, la aparente sectorización en la distribución en superficie y contextos excavados del material europeo, el tipo de objetos circulantes y el hallazgo de una tapa de pila bautismal (colección Museo Wagner) que remitiría a una capilla, permiten postular su reorganización como un pueblo de indios de cierta importancia en el lugar. Los cerca de 4.000 torteros recuperados en el sitio, en su mayoría provenientes de colecciones pero también hallados en excavaciones de contextos prehispánicos y coloniales, habilitan pensar además el funcionamiento de importantes obrajes textiles que aprovecharan destrezas prehispánicas (Taboada y Angiorama 2010; Taboada 2013b). La diferente representación de material europeo en dos contextos habitacionales coloniales excavados permite especular, además, sobre diferencias en el acceso y circulación de ciertos bienes (Taboada 2014).

La confluencia de características señaladas llevó a plantearnos el papel preponderante que Sequía Vieja debió tener en relaciones multiétnicas locales, regionales y macrorregionales, deviniendo luego en un pueblo de indios colonial de importancia -que según veremos podría ser Lasco- y conservando su capacidad para sostener ciertas redes de interacción durante la Colonia.

Aguas arriba de los Bañados de Añatuya

La situación de los sitios conocidos que se ubican inmediatamente al norte de los Bañados de Añatuya se muestra muy diferente. A aproximadamente a unos 35 km lineales al norte del extremo septentrional actual de los Bañados de Añatuya, mayormente sobre la margen oriental del Salado, se registran una buena cantidad de sitios arqueológicos, varios de ellos de magnitud. Los tres sobre los que poseemos mayor información son los de Llajta Mauca, Las Represas de los Indios -muy excavados por los Wagner (1934)- y Oloma Bajada, sitio tipo en la definición de la fase Oloma Bajada-Icaño de Lorandi (1974, 1978). Su alcance cronológico,

desde momentos tardíos hasta la Colonia, fue estimado en base a fechados radiocarbónicos. La calibración actual confirma dicho lapso y lo extiende un poco. Esto nos permite considerar la contemporaneidad de ocupación de estos sitios con el periodo de contacto que nos interesa y con los sitios de los Bañados de Añatuya que analizamos. De hecho, la autora incluyó en esta fase, además de los sitios de Llajta Mauca, Las Represas de los Indios y otros ubicados en sus inmediaciones, los de Icaño, Cañitas y Tulip Loman de la zona los Bañados de Añatuya (Figura 1 y 2). Sin embargo, señaló que posiblemente se requiriera en un futuro una subdivisión en facies según variantes espaciales que hoy nos parecen muy claras.

Lo primero que salta a la vista en los sitios de esta área es la ausencia de ciertos materiales. No se han hallado allí objetos de metal ni otros elementos andinos; tampoco grandes cantidades de torteros, ni pipas, entre lo más significativo que define a la zona de los Bañados de Añatuya. La cerámica, si bien responde a patrones estilísticos generales de Averías asignados al tardío y presentes en la zona de los Bañados mencionados, se muestra con variantes de decoración y forma (Bleiler 1948) y está aparentemente ausente aquella que reconocimos para Sequía Vieja como potencial indicadora de comensalidad y cambio en las prácticas comunitarias (Taboada 2014). Además, a diferencia de los sitios de la zona de los Bañados de Añatuya, la cerámica Averías se encuentra asociada a Sunchituyoj, un estilo que se ha vinculado con una tradición más chaqueña (Lorandí 1978). El material hispano indígena es muy escaso o aún discutible su asignación, y no parece haber registro de material europeo colonial. Tampoco existen datos que permitan pensar que alguno de los sitios conocidos fue lugar de instalación de un pueblo de indios colonial como sí lo hemos señalado para Sequía Vieja y su área. Quizás esto se vincule con la configuración más extensiva y menos aglomerada del espacio que los Wagner (1934) observaron en Llajta Mauca y Las Represas de los Indios.

Resulta interesante notar que todos estos sitios -salvo Oloma Bajada- se ubican en el margen este del actual Salado², a una altura de cauce al parecer siempre encajonado. El único registro arqueológico colonial, Villa Matará -que tal vez se corresponda con algún pueblo de indios-, se ubica al oeste del río. El señalamiento de sólo dos pasos para cruzar el Salado (en los extremos norte y sur del Bañado de Añatuya) en el mapa de Martín De Moussy (1873) refleja que el río constituía un límite físico importante para los europeos en esa época y seguramente también antes. De confirmarse las posiciones relativas respecto del río de los sitios para tiempos pericoloniales, nos preguntamos si la ubicación allende el Salado de los sitios en cuestión no contribuyó -amén de las propias

diferencias socioculturales locales vislumbradas y otros elementos que discutiremos- a la menor o nula interacción inca en la zona –y luego a la ausencia de sobreasentamiento colonial- y con ello a la falta de desarrollo de mecanismos de las poblaciones locales para negociar y posicionarse que parecen vislumbrarse en los Bañados de Añatuya.

Como sea, los sitios de esta zona aparecen no sólo con diferencias materiales respecto de los de los Bañados de Añatuya, sino también como más aislados en cuanto a evidencias de interacción con poblaciones de otras regiones y en relación al proceso colonial. La débil o nula disponibilidad y circulación de material europeo lleva a preguntarnos si fueron alcanzados por la dominación hispana. Cabe incluso hipotetizar si, a diferencia de cuanto se observa en los sitios de los Bañados de Añatuya, estos asentamientos prehispánicos no fueron despoblados durante los traslados, repartimientos y reestructuraciones espaciales de la colonia temprana. De hecho, la datación para esta zona que alcanza el período colonial procede de Oloma Bajada, el único sitio investigado al oeste del actual Salado.

El Salado norte y noreste

Para el Salado norte la evaluación de situación al momento de la conquista, y la vinculación de los sitios arqueológicos conocidos con las referencias documentales, se complican más debido a que no tenemos certeza de que el río corriera por su cauce actual, donde hasta ahora, además, no se han reportado sitios arqueológicos. La información arqueológica existente para el norte de la Provincia procede exclusivamente del reconocimiento realizado por Reichlen (1940) en los alrededores de Campo Gallo, tierra adentro al este del Salado (Figura 1a). Ubicó allí varios sitios tardíos asociados a paleocauces -que dan cuenta de la movilidad de ocupación en relación a la dinámica fluvial noreste-sudoeste-, respecto de los cuales no se dispone de dataciones ni material colonial que permitan precisar su alcance temporal hasta el momento de contacto. Los únicos y vagos datos del curso actual fueron aportados por un informante de Reichlen que menciona la presencia de alfarería -sin describirla- y de montículos al norte de San Juan del Boquerón hasta el límite con Salta. Estos datos podrían servir para especular que fueran sitios más tardíos que los del este y asociados a últimos momentos prehispánicos y/o a ocupación colonial. En efecto, es ésta la zona donde en 1762 fue instalada la Reducción de Petacas, mucho más cerca de

Esteco y su jurisdicción. Sin embargo, para Esteco se ha planteado que el río Salado debió efectivamente encontrarse más al este al momento de su fundación en 1566 (Curzio et al. 2004). El desconocimiento de las características de los sitios del informante de Reichlen, sumado a que el Salado en su curso actual no fue nunca objeto de reconocimiento arqueológico, nos impide descartar alguna posibilidad por ahora.

Ya respecto de los sitios relevados por Reichlen en el noreste, si bien no contamos con fechados ni con estudios modernos, la presencia predominante de material Averías permite estimar que, en general, llegarían a momentos tardíos, permitiendo incorporarlos a nuestra discusión. La ausencia de material colonial lleva a plantearnos consideraciones similares a las expuestas para la zona de Llajta Mauca: que la instalación y materialidad colonial no los alcanzara o que los sitios fueran abandonados para entonces.

Reichlen (1940) menciona que varios de esos sitios son de importancia por su magnitud y que presentan un patrón en montículos similar a los del Salado medio. O sea, estamos ante restos de poblaciones estables. También señala que la cultura material es similar, aunque menos rica en variedad y calidad. No hay, sin embargo, registro alguno de los bienes y rasgos alóctonos que se concentran en la zona de los Bañados de Añatuya. Así, la información de Reichlen parece indicar una similitud básica en cuanto a modos de vida y caracteres culturales generales -sobre todo con los sitios de la zona de Llajta Mauca- pero una diferencia en especificidades y en los elementos alóctonos antes señalados -mucho más marcada en relación a los sitios de los Bañados de Añatuya-, y sobre todo un desarrollo y una ocupación menos importante así como una menor interacción con otras poblaciones.

Una diferencia más significativa en términos de manifestación arqueológica recién parece percibirse bastante más hacia el este, en la zona de Otumpa cerca del área del meteorito del Chaco, donde se registra cerámica unguiculada y montículos más altos vinculables a pueblos del Chaco y litoral (Reichlen 1940). Copo, en el ángulo noreste de la Provincia, también se diferencia por la ausencia de sitios similares a los reseñados para el resto del Salado (Angiorama et al. 2013).

El Salado al sur de los Bañados de Añatuya

Desde Navicha hacia el sur, una vez superados los Bañados de Añatuya, el Salado vuelve a un curso encajonado ya registrado por De

Moussy. Esta zona es escasamente conocida por la arqueología, aunque las pocas referencias disponibles -que proceden de la zona de Tres Pozos, hacia la mesopotamia santiagueña (Figura. 1a) -señalan sitios menos definidos y un material absolutamente distintivo (Reichlen 1940). Omitiendo un contexto que parece ser temprano, se han reportado urnas funerarias tubulares con perforaciones en sus bases, desconocidas para el resto de Santiago y que tampoco hemos podido ubicar en la bibliografía regional. Su asociación contextual con vasijas con apéndices cónicos, de amplia distribución en Santiago pero asignadas a “influencias paranaenses” (Von Hauenschild 1949), y con “cerámica gruesa” similar a la del litoral, podría ser indicio de poblaciones de dicha filiación.

Zona mesopotámica centro sud

Cerca de la zona recién mencionada, en el centro sud de la mesopotamia santiagueña, Reichlen (1940) señaló la presencia característica de sitios con cerámica Sunchituyoj que interpretó como anteriores al desarrollo de Averías y al momento de contacto hispano. Los trabajos posteriores realizados por Lorandi en el sitio Quimili Paso -ubicado en la margen de un paleocauce que debió corresponder al paso del Salado en alguno de los momentos que se unió al río Dulce nos permite ajustar una cronología más cercana al momento que nos ocupa. Lorandi (1978) mostró la asociación en Quimili Paso de cerámica Sunchituyoj con Averías (esta última en escasa cantidad) e hipotetizó que esta situación bien podría indicar la reciente introducción de esta tradición alfarera en toda la región o proceder de zonas vecinas donde estuviera más desarrollada. Los fechados obtenidos, hoy calibrados, permiten optar por la segunda hipótesis al ampliarse las fechas estimadas por Lorandi hasta llegar, al menos en un caso, a momentos pericoloniales. La presencia de cerámica Negro sobre Rojo Brillante -análoga a Famabalasto de los valles y asociada allí a contextos inca -apuntala esta estimación, al igual que la asociación señalada por Lorandi (1978) de Sunchituyoj con Averías hasta momentos de la Colonia en el sitio Oloma Bajada, en el Salado medio. Así, es posible pensar en la contemporaneidad parcial de algunos contextos de esta zona con los amplios desarrollos de Averías en el Salado y con el momento que nos ocupa. Y especular sobre la presencia, hacia el sur de la mesopotamia, de grupos que se manifestaban quizás materialmente diferente a los del resto del Salado.

Las diferencias observadas en la tradición alfarera y la presencia en la zona de cerámica similar a la hallada en el norte de Córdoba –donde también se ha registrado Sunchituyo (S. Pastor comunicación personal 2013)- hacen pensar en una posible vinculación con poblaciones de esta región. Lorandi (1978), entre otros autores, ha pensado que al retirarse el Salado³ de su confluencia con el Dulce la zona pudo ser abandonada. La escasa presencia de Averías y la ausencia de material colonial serían congruentes con esta situación. En base a los fechados de Lorandi, las características de los sitios -que la autora señala son muchos pero de menores dimensiones que los grandes sitios de Llajta Mauca y Las Represas de los Indios del Salado- y el material asociado, podría pensarse en que la zona continuó ocupada solo acotadamente durante esta época, mientras que el grueso de la población se instalaba en los nuevos márgenes del Salado –y del Dulce- donde se encuentra la mayor concentración de sitios tardíos y coloniales soportados por una buena agricultura y donde se desarrolló en extenso la tradición cerámica Averías (Lorandi 1978). La parcial superposición de esta zona y materiales con la de las urnas tubulares de Tres Pozos podría indicar distintos grupos interactuando y movilizándose en la región, aunque por ahora no podemos asegurar su contemporaneidad.

En síntesis, la confrontación de las características de los sitios y espacios analizados para el Salado permite plantear -a pesar de la existencia de características generales compartidas que hacen a modos de vida similares- diferencias de expresión, de prácticas y de relaciones entre sí. Estas diferencias son aún más notorias atendiendo a los sitios de los Bañados de Añatuya que nos convocan en particular. Dado que se trata de contrastes socioculturales que parecen circunscribirse espacialmente y a la distinción hallada en la distribución de material colonial allende el Salado, discutiremos ahora las particiones del Salado según aparecen en la documentación colonial procurando articularlas con la evidencia arqueológica.

SECTORIZACIÓN DEL SALADO DESDE LA LECTURA DE LAS FUENTES DOCUMENTALES Y LA CONFRONTACIÓN ARQUEOLÓGICA

Las menciones más tempranas del Salado santiagueño aparecen en los relatos de la entrada de Rojas de 1543 y asocian la cercanía del río –no sabemos a qué altura- con asentamientos indígenas que disponían de importantes reservas de alimentos⁴. Sin embargo, dado que la información

etnográfica de estos textos es confusa en extremo, iniciaremos nuestro relato en el período abierto por las fundaciones de la tercera Barco (1552) y de Santiago del Estero (1553). Consideradas en conjunto, las referencias disponibles nos plantean tres cuestiones que pueden vincularse con lo antes expuesto: la identificación de “provincias” en el Salado, la mención de rebeliones antihispanas que involucraron a varios pueblos y grupos chaqueños aliados, y la configuración fronteriza de la región.

Las “provincias” del Salado

En los apartados anteriores vislumbrábamos cierta sectorización en la configuración arqueológica relativa a la región del Salado santiaguense. En lo que sigue, procuraremos vincularla con el “mapa” a la vez geográfico y cultural que los participantes del proceso de conquista diseñaron en su acercamiento e interpretación de las diferencias entre los grupos con los que entraban en contacto. El término “provincia” fue, en efecto, uno más de los utilizados para clasificar: a veces remitía a un etnónimo, otras veces a un topónimo. En todo caso, se trata de menciones problemáticas, de significado no siempre transparente.

En relación con el territorio bañado por el río Salado, registramos el término “provincia” en por lo menos tres probanzas de méritos y servicios fechadas entre 1584 y 1585 –aunque referidas a sucesos acaecidos entre 1552 y 1553–, y siempre de labios de Hernán Mexía Miraval, miembro de la hueste de Pérez de Zurita. Este personaje desliza tres referencias de diverso alcance, cuyos sentidos intentaremos desentrañar: “provincias del Río Salado”, “provincias de los salabines, juríes y sanavirones en el río Salado” y “provincia de Guatiliguala”. Según Ottonello y Lorandi (1987), hacia fines del siglo XVI la “provincia” remitía a una categoría cultural y étnica antes que geográfica: así, la gobernación del Tucumán era también llamada “de diaguitas y juríes”, invocando a las “naciones” consideradas principales en la jurisdicción. En el caso de Mexía Miraval, sin embargo, se hilaba mucho más fino, discerniendo otras “provincias” menores además de la jurí.

Comencemos por la división entre juríes, salabines y sanavirones, que emerge también en otros textos tempranos. Como es sabido, el término “jurí” connotaba –aunque bastante genéricamente– el “salvajismo” de los usuarios de atuendos de plumas, que contrastaban culturalmente con los grupos andinos o “más peruanos” y que habitaban también en algunos pueblos del Dulce y en las jurisdicciones de Esteco y de

San Miguel (Ottonello y Lorandi 1987). Algunos autores precisaron su ubicación hacia el oeste de Santiago y del Salado (Pärsinnen 2003) con apenas una extensión que se adentra en el Salado medio, justamente hacia el área de los Bañados de Añatuya (Serrano 1938). Paradójicamente, estos “salvajes” juríes habrían sido según Lorandi (1980), Palomeque (2010) y más recientemente Castro Olañeta (2013b), los socios elegidos por los incas para hacer pie en el Tucumán, estableciendo alianzas militares con ellos. Castro Olañeta se pregunta incluso si los “rescates” que menciona Cieza de León no serían los objetos de metal incaicos que desde la arqueología venimos postulando como dones de negociación (Angiorama y Taboada 2008; Taboada et al. 2013).

Todo esto abre nuevas preguntas acerca de una potencial correlación entre los grupos designados como juríes y los asentados en la zona de los Bañados de Añatuya que, como vimos, muestran claros rasgos de interacción con los incas, y que Serrano (1938) extiende puntualmente hacia esa área. Más aún, nos preguntamos si no pudo tratarse de una avanzada en función de intereses comunes con el incario. Recordemos que, de los Bañados de Añatuya hacia el norte, casi todo lo conocido por la arqueología se ubica al este del Salado y muestra una comunidad de caracteres generales pero diferencias sustanciales en indicadores de interacción e incorporación de rasgos alóctonos.

Siguiendo a Palomeque (2009) y a Castro Olañeta, la política negociadora de estos grupos habría continuado con la conquista colonial –algo que también se vislumbra en la arqueología de Sequía Vieja y alrededores- al punto de que “el acuerdo para asentar la ciudad de Santiago sobre el territorio de los indios juríes tuvo como base el compromiso de los españoles de ayudarlos contra los indios lules que los atacaban” (Castro Olañeta 2013b:10). Desde fines del siglo XVI, las fuentes ya no mencionan a los juríes sino a otros grupos, quizás contenidos en aquella categoría genérica. De nuestro especial interés es el rótulo de tonocoté, que cabe a los habitantes de los pueblos del Salado (a la altura de Santiago y de Esteco) y de algunos de los del Dulce (Farberman y Taboada 2012).

Los salabines, por su parte, nos conducen al pueblo de indios de Salavina, situado en la zona de la mesopotamia santiagueña que conoció la unión de los ríos Salado y Dulce en diversos momentos de su historia. Por fin, los sanavirones son mencionados siempre en minoría respecto de los juríes, hablando una lengua propia que, según Barzana (1583/1987) no era necesario estudiar porque, a más de hablar estos grupos el quichua, eran muy pocos individuos. Estos sanavirones –que no aparecen asociados a ningún pueblo de indios en particular- han sido

vinculados con el sur de Santiago y norte de Córdoba (Serrano 1938; Ottonello y Lorandi 1987) y, al igual que los salabines, desaparecen bastante precozmente de las fuentes textuales. Recordemos aquí que desde la arqueología hemos señalado para la zona de los salabines y sanavirones características parcialmente distintas de las registradas en el Salado en general y en el área de los Bañados de Añatuya en particular. Se presentan además ciertas similitudes con material arqueológico registrado en el norte de Córdoba, datos que podrían converger con la diferenciación que los españoles percibían y que expresaron “provincializando” la diversidad cultural.

En cuanto a la “provincia de Guatiliguala”, es de notar que Mexía Miraval parece cambiar de criterio: está tomando un topónimo y no un etnónimo para delimitarla. Guatiliguala era el nombre de un pueblo encomendado en un vecino de Esteco y trasladado posteriormente a Talavera de Madrid (Aguilar 2013). Por otra parte, topónimos terminados en “guala” son frecuentes en las encomiendas estequeñas -en un listado tardío reproducido por Aguilar hay por lo menos dos más, Yolesliguala y Socosliguala- mientras que en la jurisdicción de Santiago se registra la mención de Yuquiliguala.

Recientemente, Isabel Castro Olañeta (2013b) ha argumentado que Yuquiliguala –que parece ser el mismo que en los mapas tardíos se localiza cerca de Matará designado como Inquiliguala- se situaba bastante más al norte en el momento del contacto. Dos elementos le permiten sustentar la hipótesis: que Sotelo de Narváez identifique allí al primer pueblo -de norte a sur- al servicio de Santiago del Estero, y que la encomienda –cuyo beneficiario fue el mismo cronista- fuera repartida desde Esteco cuando se fundó aquella ciudad⁵. Por otra parte, la toponimia –que según Cabrera (1918) identificó como de filiación vilela-, la relación con Esteco –según Aguilar (2013) servida por grupos lule-, y la situación de confin de Yuquiliguala, también permitirían especular con la existencia de una cuarta distinción étnica en el Salado.

Por cierto, la zona de la primera localización de Yuquiliguala –según Castro Olañeta (2013b) cercana a los Bañados de Figueroa- es desconocida arqueológicamente. No obstante, corresponde al área tradicionalmente vinculada a lules y vilelas –sobre todo hacia el este del Salado- que incluye los sitios del noreste provincial reconocidos por Reichlen que analizamos anteriormente. Sitios con caracteres que permiten pensar en una cierta unidad con los situados al este del Salado medio, a la vez que se diferencian de los ubicados en los Bañados de Añatuya -¿atribuibles quizás a los juríes hasta ahora no delimitados espacialmente en el Salado?- y también de los de tierra adentro del

área del meteorito del Chaco y Copo. Esto apuntala la identidad de Guatiliguala como cabecera de un territorio diverso de las provincias jurí, salabina y sanavirona.

Por fin, en el extremo opuesto del Salado, Sotelo de Narváez situaba a Colosaca y Calabalax como los últimos reductos conquistados por los españoles. Uno y otro figuran en la cartografía antigua en el límite sur de la zona de los Bañados de Añatuya; “de ahí abajo”, según el cronista, comenzaba la amenaza chiriguana⁶. Aunque como vimos esta zona sur es casi desconocida para la arqueología, las pocas evidencias registradas apuntan a tradiciones del Chaco y Litoral y a asentamientos quizás menos estables y complejos, compatibles con dicha adscripción. Siguiendo la distribución de determinados rasgos, Von Hauenschild (1949) interpretó que el ascenso de pueblos del litoral por el Salado llegó a su fin en la zona de los Bañados de Añatuya y que desde allí cruzaron hacia el Dulce. Esta hipótesis apoyaría la idea de un empuje chaqueño sobre el piedemonte y valles que habría esquivado el área del Salado medio, donde no identificamos evidencias de conflicto temprano con estos pueblos. Como veremos en breve, esta potencial cercanía sería acorde a la alianza que, con grupos “chiriguanos”, establecieron las poblaciones de dichos Bañados.

Entre Yuquiliguala y Colasaca/Calabalax, los dos confines norte y sur, se ubicaban varios pueblos de indios coloniales, concentrados en dos grandes núcleos. En el primero de ellos –situado en los Bañados de Añatuya y coincidente con nuestra área de estudio arqueológico de campo– se destacaba el pueblo de Lasco; en el segundo, en el área inmediata al norte de los Bañados de Añatuya y al oeste del Salado, sobresalían Tatingasta, Meaxa, Guaype y Guañagasta (Figura 1). En las cercanías de esta segunda zona serían trasladados en 1650 los matarâes de Concepción del Bermejo (Farberman 2011) y en fecha incierta los tributarios de Yuquiliguala. Al sur del primer emplazamiento de Yuquiliguala las fuentes ubican a los grupos identificados como juríes -y como tonocotés en las relaciones de Sotelo y Barzana de 1573 y 1586 respectivamente-. Sin embargo, las semejanzas arqueológicas de los sitios ubicados al este del Salado en esta segunda zona con los del noreste provincial y también la ausencia de indicadores de interacción colonial en ambos casos nos llevan a pensar que el enunciado de Sotelo y Barzana podría aplicarse más estrictamente en relación a la porción oeste del río Salado.

Pactos, alzamientos e interacciones

Las fuentes tempranas registran una serie de alzamientos indígenas que tuvieron su epicentro en las “provincias” del Salado, con la segura participación de los habitantes de Lasco. Ello entra en relación con las capacidades organizativas que discutimos desde la investigación arqueológica para la zona de los Bañados de Añatuya y que sugerían la conformación de amplias redes de alianza interregional. En efecto, los primeros años de Santiago del Estero no fueron fáciles para los españoles y la precaria estabilidad alcanzada por la alianza hispano-jurí se vio en entredicho (Castro Olañeta 2013b). Resta sin embargo dilucidar el alcance territorial, étnico y sociopolítico de esta rebelión indígena y la vinculación entre los datos textuales –abiertos a interpretaciones diferentes- y arqueológicos.

Aunque la probanza de Hernán Mexía Miraval alude a los “más de seis mil indios que se hicieron fuertes en las ciénagas del río Salado” e identifica en el pueblo de Meaxa el lugar de celebración de las “juntas”, otra probanza, la de Nicolás Garnica, refuerza la idea de una rebelión *circumscrip*ta a las ciénagas, enumerando entre los pueblos alzados a Bicapa y Mancapa. Por fin, un tercer testimonio, el de Juan Gregorio Bazán destaca a Lasco, Ystail y Niquindey entre los participantes de una nueva rebelión diez años posterior. Lasco, Bicapa y Mancapa remiten sin dudas a los Bañados de Añatuya (Figura 2) aunque se mantiene incierta la localización de Ystail y Niquindey (Gramajo 1994; Castro Olañeta 2013b)⁷. Por otra parte, en la misma probanza se asocia significativamente a los rebeldes con los “chiriguanaes, que los habrían acompañado”, es decir los “indios de guerra” que estaban pasando Calabalax y Colosaca. La única mención -que más parece expresar un temor- a una rebelión más generalizada se halla en la declaración de Alonso de Contreras, también en la probanza de Bazán, que entiende que los indios -chiriguanaes incluidos- compartían el “propósito de alzarse con toda la tierra” (Levillier 1920: 260).

En resumen, las referencias textuales sugieren tres espacios rebeldes de diversa amplitud: el circunscripto a las ciénagas -y, en este sentido, los pueblos mencionados tenderían a identificarlos en los Bañados de Añatuya-, el que sumaría Meaxa –aparentemente fuera pero cerca de esta área- y el que extendería la amenaza a “toda la tierra”. Estas referencias textuales pueden leerse también a la luz de nuestras hipótesis arqueológicas que identifican en la zona de los Bañados de Añatuya a un grupo de poblaciones con la capacidad política para sostener intercambios, relaciones y alianzas –incluso con grupos chaqueños-, con Sequía Vieja como uno de los más importantes de los asentamientos, sino el más. Esto, junto a la evidencia arqueológica ya señalada y la concurrencia de

ubicación, apoyaría la hipótesis de una correspondencia con Lasco⁸ -el pueblo más relevante de dichos Bañados y el epicentro de una rebelión ya en época colonial-. Más aún, la referencia sobre la celebración de juntas en Meaxa, zona diferenciada por la arqueología de la de los Bañados de Añatuya, y la colaboración “chiriguana”, reafirmarían la posibilidad de reuniones pluriétnicas con sentido político que exploramos desde la evidencia arqueológica.

Que la resistencia indígena se haya organizado en zona de bañados no sería extraño, habida cuenta de las dificultades de la tecnología militar hispana para adaptarse a los esteros. Pero no podemos dejar de añadir a ello la capacidad política que las poblaciones de los Bañados de Añatuya parecen mostrar desde la arqueología, idiosincrasia que pudo continuar en la Colonia temprana cuando, ya reducidas en pueblos de indios, desarrollaron manifestaciones simbólicas y sostuvieron prácticas de intercambios diversos que esquivaban, resistían o negociaban el control español según se depende de redes de circulación de productos con el litoral (Bonomo *et al.* 2011; Taboada 2013b), del mantenimiento de las juntas, o de la potencial marcación diferenciada de recipientes de uso individual con representaciones hispanas, entre otros aspectos (Taboada 2014).

Por último, la alianza con grupos chaqueños en contra de españoles no hace más que apoyar la hipótesis que cuestiona -en base a diversos indicadores arqueológicos- la fronterización y confrontación con estos grupos para momentos prehispánicos. Sobre ello nos extenderemos en lo que sigue.

Fronteras

Las fuentes tempranas evocan una alianza hispano-jurí como instrumento para afrontar la amenaza de los lule (Castro Olañeta 2013b). Sin embargo, a partir de la conquista, los grandes enemigos dejarían de ser los lule para cederles el puesto a los genéricamente “chiriguanaes”, que no eran otros que los grupos pobladores del Chaco y Litoral. En efecto, tales “chiriguanaes” irían cambiando progresivamente esta denominación en beneficio de otras más precisas: “frontones” -por el hábito de raparse la parte delantera de la cabeza-, “guaycurúes” -por su familia lingüística-y, finalmente, “mocovíes” y “abipones” -ambos pertenecientes a la familia lingüística guaycurú- (Lucaioli 2011).

Ese “territorio bárbaro” y poco conocido, la dilatada y difusa región que incluía, entre otras, poblaciones de la zona del Bermejo y del meteorito del Chaco, era el ámbito de grupos que, por no encontrarse bajo el dominio colonial, eran invocados en términos mucho más vagos. De hecho, si las fuentes textuales les asignaban a estos “bárbaros” prácticas que los registros etnográficos confirman -como la antropofagia ritual de tobas y mocovíes-, otras costumbres -como el uso de “coronas en las cabezas como frailes” mencionado por Diego Fernández (Berberían 1987:61)- supieron aplicarse con mayor precisión a los guaraníes (Paucke 1943; Dobrizhoffer [1783]1968; etc.).

Como sea, lo cierto es que desde temprano el Salado adquiere en las fuentes textuales una configuración fronteriza, que la división administrativa haría luego cristalizar en un partido diferente -por su carácter de confin- de aquellos del Dulce y de la Sierra (Castro Olañeta 2013b). Páginas atrás mencionamos a Sotelo y al límite que él señalaba en Calabalax: este lugar puede ubicarse con certeza en la cartografía histórica y es posible interpretar el “ahí abajo” del cronista en términos de “aguas abajo del Salado”, que desagua en el río Paraná. A su vera, circulaban los abipones y mocovíes y posiblemente fueran grupos vinculados con ellos los que se unieron a la rebelión de las ciénagas de los Bañados de Añatuya. Cabe recordar, a propósito, que desde la arqueología hemos registrado en la zona y en particular en Sequía Vieja, la presencia de materiales muy similares a los registrados sobre el Paraná y Santa Fe, en particular pipas, que podrían remitir incluso a situaciones de encuentro (Taboada 2013b, 2014).

Por lo tanto, pensada desde las poblaciones indígenas, la idea de una frontera bélica podría cuestionarse para este momento inicial. Por el contrario, nos encontraríamos frente a un aparente cuadro de no conflictividad -y hasta de eventual alianza, como lo sugiere la probanza de Bazán ya analizada- al menos circunstancialmente entre las poblaciones de los Bañados de Añatuya y los grupos chacolitoraleños.

La hora de la encomienda

Las fuentes hasta ahora reseñadas ilustran momentos de exploración y conquista de un territorio poco conocido. Aunque las rebeliones de los grupos del Salado en alianza con los chaqueños retrasaran el proceso de conquista, lo cierto es que hacia 1580 ya existían encomiendas repartidas a lo largo del río, señal de que la resistencia de las ciénagas había sido

doblegada (Castro Olañeta 2013b). Sin embargo, tanto la arqueología como las fuentes textuales nos sugieren la permanencia de estructuras y modos de vida indígenas tradicionales: la excavación de dos contextos coloniales con material indígena preponderante en Sequía Vieja así como las excavaciones y dataciones obtenidas en Mancapa -con un fechado que podría llegar hasta 1640 cal. D.C. en un contexto con material exclusivamente indígena- apuntan en ese sentido (Taboada 2013b, 2014). También el recrudescimiento de la “hechicería” en los pueblos de indios -que el gobernador del Tucumán Juan Ramírez de Velasco relataba al Rey en una carta fechada en 1586- entraría en sintonía con la continuidad de la resistencia indígena por otros medios (Jaimes Freyre 1915).

Continuidades pero también rupturas pueden observarse en otras fuentes. Nos limitaremos a analizar dos de ellas: la sentencia contra un encomendero del Salado y el padrón que el gobernador Alonso de Ribera mandó a levantar en 1607, recientemente publicado (Castro Olañeta 2013a). El primer documento nos permite confirmar la hipótesis de Castro Olañeta (2013, 2013a y b) sobre la inclusión de varios pueblos o parcialidades indígenas en un mismo repartimiento ya que don Gerónimo García de la Xara se servía de los indios de Lonsaia y de Tatingasta -pueblos situados sobre el Salado- pero también de grupos oriundos de la sierra y trasladados compulsivamente al llano. Los abusos cometidos por el encomendero permiten saber que, además de ganados comunales -de los que el encomendero había sustraído “ochenta carneros de Castilla”-, algunos indios poseían ganado europeo a título individual -se le exigía al encomendero la restitución de 60 cabras a Martín Cigambo, de 11 puercos y puercas y 20 carneros de Castilla a don Juan Ycat, cacique de Lonsaia, y de “una yegua caminadora” a Felipe Yavanta-, datos escuetos que sugieren en conjunto cierto nivel de diferenciación social en un mundo indígena señalado como uniformemente mísero en documentos posteriores.

Como vimos, también desde la arqueología apuntamos a un modelo complejo que supone al menos jefes locales negociando y redes de intercambio importantes; este esquema bien pudo conservar alguno de sus rasgos en la primera colonia. Por fin, esta fuente confirma una vez más la especialización textil de estas encomiendas -común a la mayor parte de los repartimientos tucumanos de la época (Assadourian 1982)-: entre las tropelías cometidas contra las mujeres del repartimiento de García de Xara se contaba la de haberles exigido a dos de ellas hilados y tejidos, trasladándolas de Lonsaia a Tatingasta. Según señalamos, tanto la habilidad textil como la gran escala de su producción han sido corroboradas arqueológicamente al menos en los sitios de los Bañados de Añatuya y particularmente en Sequía Vieja.

El padrón de indios de 1607 del ya constituido “partido del Salado” contribuye a completar esta primera semblanza (Castro Olañeta 2013a). En él se registran casi 5.000 indios encomendados en 20 repartimientos de envergadura demográfica muy disímil, oscilante entre los más de 500 de Lasco, Tatingasta, Guaype y Yuquiliguala, y las pocas decenas de otros pueblos que no tardarían en dispersarse. Mancapa se encontraba en aquel entonces en una situación intermedia, con 241 indios, lo que resulta acorde a la observación arqueológica que lo presenta como de menor magnitud y densidad que Sequía Vieja –quizás Lasco, que contaba con 535 indios, 14 caciques y 154 indias de hilados-. De modo significativo, las mujeres adultas del padrón general han sido registradas como “indias de hilado” e impacta el imponente número total de caciques (133), empadronándose en algunos repartimientos hasta 23 de ellos. Esta información ha sido interpretada en clave de una mayor preservación de las estructuras políticas de la zona del Salado, sugiriendo además una no correspondencia inicial entre encomienda y pueblo (Castro Olañeta 2013b). Aportando también evidencia de otras fuentes, Castro Olañeta ha sostenido en otro trabajo que “cada repartimiento entregado a un español incluía uno, dos, tres o más pueblos o parcialidades indígenas que habían sido relativamente autónomos en tiempos prehispánicos, e incluso cada uno con su propio cacique” (Castro Olañeta 2013a:9). Creemos que esta interpretación puede relacionarse con las diferencias en tamaño, configuración y continuidad colonial de los sitios tardíos del Salado que identificamos desde la arqueología y que podrían estar expresando no sólo una diversa magnitud de los asentamientos prehispánicos sino también el traslado y la fusión de ciertas poblaciones con el consiguiente abandono de algunos sitios (como podrían ser algunos del este del Salado) y la continuidad, reestructuración y crecimiento de otros (como podría ser el caso de Sequía Vieja/Lasco y Mancapa).

En cualquier caso, si algo es evidente, es que en 1607 la zona del Salado resultaba la más apetecible para los españoles con acceso a la fuerza de trabajo indígena y así lo confirma un informe del entonces gobernador Alonso de Ribera. Como mencionamos antes, Palomeque (2009) atribuyó el “ascenso” relativo del Salado a la destrucción de la zona del Dulce. La evidencia arqueológica podría sugerir que tales ventajas en términos de recursos y capacidad política pudieron ser anteriores a la conquista, facilitando a las poblaciones indígenas la organización militar de la resistencia en las ciénagas.

En suma, nos inclinamos por la hipótesis de la existencia de un ritmo diferente de destrucción de la economía indígena en el Dulce y en el Salado y también de la reestructuración de las comunidades. Por otro lado, la resistencia en las ciénagas bien pudo mantenerse después

de la derrota militar a nivel de prácticas y significantes, como parecen evidenciarlo los rastros materiales y las referencias documentales a las “juntas y borracheras” y a la práctica de la hechicería.

REFLEXION FINAL

A lo largo del texto, además de proponer una relectura a la luz de nuevas preguntas de los disímiles datos arqueológicos existentes para el Salado santiagueño de momentos pericoloniales, se ha procurado establecer un diálogo con la escueta historiografía colonial reciente. De este intercambio surgen elementos que parecen reforzar o sugerir la continuidad temporal de configuraciones políticas, usos y prácticas que postulamos desde la investigación arqueológica. En cualquier caso, la confrontación resulta siempre útil para problematizar y enriquecer los planteos. En los inicios de la arqueología santiagueña se interpretó la información textual en términos de contradicción con la evidencia arqueológica: los productores de la refinada cerámica hallada no podían, para los hermanos Wagner, tener parentesco alguno con los rústicos indígenas que surgían de las crónicas. Este dilema se resolvió localmente ignorando las fuentes textuales y clausurando los vínculos entre el “Imperio de las Llanuras” y los indígenas coloniales, o sea, deshistorizando (Martínez *et al.* 2011). En este artículo, hemos buscado identificar y recuperar aquellas evidencias arqueológicas que podían remitir a tiempos pericoloniales y hemos postulado continuidades coloniales de prácticas, uso de espacios y configuraciones prehispánicas al confrontarlas con la información de los documentos. Algo que se tornó posible gracias a esta búsqueda disciplinar conjunta. Reseñamos brevemente estas potenciales continuidades al referirnos a la estratificación social de los pueblos de indios, a la estructura política de los cacicazgos, a la perduración de ciertas prácticas de comensalidad que los españoles redujeron a “juntas y borracheras”, a la centralidad de las actividades textiles en el seno de las encomiendas y a la continuidad de asentamiento, uso y configuración de ciertos territorios. No hemos perdido de vista, sin embargo, un objetivo principal: el de restaurar aquellos lazos, que la primera arqueología santiagueña desestimó y la posterior poco exploró, entre los habitantes prehispánicos del Salado, en nuestro caso particular de los Bañados de Añatuya, y sus descendientes históricos.

Según entendemos, la noción hispana de “provincia”, definida muy tempranamente, resultó clave en la prosecución de ese objetivo. La

pensamos como puente conceptual entre arqueología e historia: por ello nos hemos extendido en la exploración de su alcance territorial, político y cultural, hipotetizando relaciones con la distribución y diversidad de las evidencias que parecen poder atribuirse desde la arqueología a momentos pericoloniales. En este sentido, hemos necesitado primero identificar y reanalizar la información arqueológica, planteando un panorama y mapa arqueológico hasta ahora inexistente para dicho periodo tras la reasignación de temporalidades y la discriminación espacial de evidencias europeas registradas en los sitios conocidos sobre la cuenca del Salado.

A partir de todo ello, a lo largo del texto se ha explorado el alcance territorial, político y cultural de las “provincias” recortadas por los actores hispanos y su posible vinculación con las evidencias arqueológicas. Debemos advertir que no se trata de construir etnicidades a partir de lábiles etiquetas, sino de pensar la “provincialización de la diferencia” para deconstruir la mirada de los cronistas por una parte y, sobre todo, repensar continuamente nuestras preguntas y miradas. En otras palabras, entendemos que el cruce de datos provenientes de la arqueología, de las fuentes textuales y aún de la información etnográfica puede contribuir a explicar qué compartían y en qué se diferenciaban las poblaciones que habitaron el suelo santiagueño en momentos pericoloniales, así como los modos de percibir tales similitudes y contrastes a pocos años del contacto. En este sentido, esperamos haber mostrado la viabilidad de algunas relaciones como hipótesis en construcción.

En las fuentes textuales, la diferencia cultural suele expresarse a partir de parámetros invisibles para la arqueología -la lengua- y secundariamente de otros aspectos como el atuendo -interpretado como indicador del grado de “civilización” o “salvajismo”- y modos de vida contrastados -sedentarismo o nomadismo; labradores o cazadores recolectores-, estereotipos extremos que la arqueología no puede sostener (Farberman y Taboada 2012; Taboada 2013b). Por su parte, en general la arqueología ha tendido a identificar a grupos humanos distintos en función de diferencias sustanciales en las características de su cultura material, tales como tradiciones cerámicas, arquitectura, etc. En este trabajo se buscó ampliar estas miradas y combinarlas en busca de otros indicadores útiles para responder a nuestras preguntas. Como resultado, aparecen diferencias a nivel de un conjunto de elementos de más sutil percepción. No se ven grandes contrastes en los hábitos de vida, o en la cultura artefactual local indígena tardía de la zona del Salado. Estos elementos son en esencia compartidos en toda la región y la diversidad material apunta más bien a la incorporación de particularidades morfoestilísticas y a ciertos materiales muy específicos -como los objetos y rasgos de tradición incaica o litoral- que remiten más

al desarrollo de algunas nuevas prácticas y a interacciones entabladas que permiten pensar en desarrollos y procesos locales diferenciados. Así, las mayores diferencias parecen ser conductuales y vincularse con estrategias identitarias, con el manejo del territorio, con la forma de relacionarse y con la complejidad sociopolítica desplegada.

Articulando textos y evidencia arqueológica fue posible hipotetizar la localización geográfica aproximada de ciertos pueblos -o de las “provincias” que los contenían- e incluso especular con potenciales filiaciones étnicas o lingüísticas y con referentes arqueológicos. En este sentido, hipotetizamos que la “provincia de Guatiliguala” pudo remitir a los grupos identificados como vilela o lule/vilela, poblaciones situadas hacia el norte del Salado, en parte en la jurisdicción colonial de Esteco. El pueblo santiagueño de Yuquiliguala pudo encontrarse en el límite de aquella “provincia”, señalando tal vez un espacio colonial relativamente aislado. De hecho, es notable que, hacia el este del Salado de esa misma región, la evidencia arqueológica sea similar a la hallada en el centro este de Santiago, remitiendo a prácticas similares, a procesos de interacción escasos y a cierta unidad cultural parcialmente distinta de la de los Bañados de Añatuya. Por otro lado, tampoco existe en los sitios de esta amplia zona al este del Salado registro de evidencias europeas ni de pueblos de indios coloniales. Así, tanto la aparente unidad arqueológica como la ausencia de indicadores de acción europea en la región nos interrogan acerca de la “provincia” -que vinculamos con una posible filiación lule/vilela- de aquellos grupos situados al oriente del Salado medio y norte. También los datos etnográficos apoyarían esta hipótesis, así como la inicial hostilidad lule contra los españoles que pudo haber jugado en la “provincialización” de aquellos grupos.

Una segunda cuestión queda planteada a partir de la identificación en las fuentes textuales de los juríes, supuestos aliados de los incas y de los españoles y enemigos de los lule según la mirada hispana. La diferenciación de un espacio bien circunscripto asociado a procesos de interacción con los incas en la zona de los Bañados de Añatuya que analizamos desde la arqueología, nos interpela sobre su posible vinculación con los juríes -grupos mayormente reconocidos por los cronistas para el río Dulce y el oeste del Salado-. El carácter intrusivo y aislado de dicha instalación nos plantea además si no fue este, tal vez, un avance jurí, motivado por los intereses y alianzas antes señalados. La fuerte presencia de evidencia arqueológica asociada a reconocimiento o demostración de poder y rango (como los objetos de metal especialmente) en los sitios de esta zona sería acorde con esta situación. Este sector, por otra parte, se corresponde con el que luego albergó a varios pueblos de

indios coloniales, entre ellos Lasco, que bien pudo corresponderse con el importante sitio arqueológico de Sequía Vieja (dado además el lugar, material europeo y demás características de configuración ya reseñadas), señalando una continuidad lógica en vistas a la potencial alianza con españoles.

Por cierto, desde la misma lógica es posible interpretar el fenómeno inverso: los sitios arqueológicos del este del Salado medio y norte, que no muestran continuidad de ocupación prehispánica/colonial, podrían corresponderse con asentamientos de grupos potencialmente hostiles (al menos no aliados) a los españoles. Las aldeas coloniales que las fuentes ubican en esa latitud pudieron ubicarse al oeste del río y sus restos son por ahora desconocidos para la arqueología, al igual que la arqueología prehispánica de esa área específica. Ante esta situación –y hasta tanto se avance en investigaciones de campo de la zona- es posible conjeturar que la ausencia de toda evidencia colonial allende el Salado pudo responder a la dificultad o imposibilidad de acceso, vista la enemistad con los grupos que las fuentes coloniales llamaron lules y vilelas. Otra posibilidad es la del abandono de aquellos asentamientos, ya fuera por dinámicas internas frente a la nueva coyuntura, o por medidas coercitivas hispanas. Así pues, algunas de las reducciones indígenas más importantes de esa latitud bien pudieron ser el resultado de traslados de grupos a sitios más fáciles de controlar. Pudo ser éste el caso de Inquiliguala –¿Yuquiliguala?-, enclavada en fecha incierta en las cercanías de Matará.

Lo que es seguro es que la instalación y alcance hispano colonial que registramos desde la arqueología marca diferencias importantes de uno y otro lado del Salado, como así también en relación con los sitios de los Bañados de Añatuya donde se sobreimpone a los asentamientos prehispánicos –al igual que en el Dulce, área claramente jurí-. En este sentido el río fue una frontera para los españoles y quizás también una delimitación natural entre territorios lule-jurí, aún cuando la evidencia arqueológica permite pensar en grupos con pautas culturales comunes y con movilidad interna y cohabitación (Lorandi 1978) y que aportan a pensar diferencias y límites culturales difusos como los que parecen percibirse a través de nuestro análisis. Como vimos, los contrastes entre los grupos parecen manifestarse más bien en torno a capacidades sociales y políticas de negociación e interacción y en este punto coinciden los textos y las evidencias arqueológicas.

Por cierto, la definición de “provincias” pudo basarse también en otras diferencias no analizadas hasta ahora –como las físicas- o no accesibles a la arqueología, como las lingüísticas. En otras palabras, la “provincialización de la diferencia” pudo apuntar también a otras lógicas de

identidad y asociación que no permiten más que aproximaciones parciales e incompletas. Como sea, desde todo punto de vista, las sociedades en cuestión muestran claros indicadores de complejidad y permiten revertir la imagen de míseras y de receptoras pasivas de influencias que heredaron como caracterización y nos interpelaban al inicio de este artículo.

Recibido: abril de 2014
Aceptado: junio de 2014

NOTAS

1. Para mayor detalle se puede consultar una descripción de estos sitios, trabajos realizados, información y fechados obtenidos e interpretaciones planteadas en Taboada 2013b y 2014.
2. Si bien hay registro de paleocauces, las derivas no parecen haber involucrado diferencias de ubicación tan importantes como al norte y sud (G. Ortiz, comunicación personal 2014).
3. En época pericolonial se produjo la miniglaciación de Spörer que pudo provocar cambios climáticos y el reencauzamiento del Salado (G. Ortiz, comunicación personal 2014).
4. Se trata de la probanza de González de Prado (1548) y de la crónica de Diego Fernández. De acuerdo a Levillier (1927), el tramo del Salado “descubierto” en esta instancia se hallaba en alguna parte del territorio santiagueño. Por el contrario, para Jaimes Freyre (1916:55) el “río que llevaba el agua colorada” (Berberían 1987:61) al que hace referencia Diego Fernández podría haber coincidido con el Salado a la altura de Salta.
5. La cédula está transcrita en Doucet 1979. Agradecemos a Isabel Castro Olañeta este dato.
6. Cfr. Los mapas de Martín De Moussy (1867) y de Felipe Paz Soldán (1888).
7. El pueblo de Ystail aparece en varios mapas jesuíticos situado al este de Yuquiliguala. Sin embargo, la falta de escala dificulta su ubicación en la cartografía actual. La cercanía de Niquindey se presume por integrar una misma encomienda, sugiriendo proximidad. En rigor, los mapas existentes sobre los pueblos de indios coloniales santiagueños tempranos son bastante especulativos (como no podría ser de otra manera) y parecen seguir el orden enunciado en la Descripción de los curatos del Tucumán de 1693 (Larrouy 1923).
8. El grueso de la información disponible para Lasco es del siglo XVIII. Para la Colonia temprana, sólo sabemos que se trataba del tercer pueblo de indios en importancia del Salado (14 caciques –al lado de 4 de Mancapa- y 154 indias de hilados sobre un total de 535 indios según el padrón de 1607 en Castro Olañeta 2013a) y que, como los demás, estaba especializado como obraje textil. A fines del siglo XVII, el visitador Antonio Martínez Luján de Vargas encontró en el pueblo una capilla ruinosa y los tributarios dijeron pagar su tributo haciendo sementeras de trigo y con el hilado de sus mujeres. Ya en el siglo XVIII las fuentes hacen referencia a la “frontera de Lasco”, puerta de entrada de los mocovíes. El pueblo fue destruido en fecha incierta.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a Isabel Castro Olañeta por los aportes y discusión del manuscrito. La investigación se realizó con financiamiento PICT ANPCyT 1021 y PIP CONICET 11/265.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilar, N.

2013. La posesión del aborigen en Nuestra Señora de Talavera de Madrid de Esteco. *Andes* 24 (1): http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1668-80902013000100007&script=sci_arttext (Acceso junio de 2014).

Angiorama, C. y C. Taboada

2008. Metales andinos en la llanura santiagueña (Argentina). *Revista Andina* 47:117-150.

Angiorama, C., C. Taboada, S. Rodríguez Curletto, E. Del Bel y D. Leiton

2013. Investigaciones arqueológicas en “El Impenetrable” santiagueño (Copo, Santiago del Estero). En *Arqueología y Etnohistoria de la Vertiente Oriental de los Andes*, Ortíz, Ventura y Cremonte (eds). UNJu. San Salvador de Jujuy. Argentina. En evaluación

Assadourian, C.

1982. Economías regionales y mercado interno colonial. El caso de Córdoba en los siglos XVI y XVII. En *El sistema de la economía colonial*, pp. 18-55. Instituto de Estudio Peruanos. Lima. Perú.

Bleiler, E.

1948. The East. En *Northwest Argentine Archaeology*, Bennett, Bleiler y Sommer (eds.). Yale University Publications in Anthropology 38:120-139. USA.

Bonomo M., G. Politis y C. Gianotti

2011. Montículos, jerarquía social y horticultura en las sociedades indígenas del Delta del río Paraná (Argentina). *Latin American Antiquity* 22:297-333.

Castro Olañeta, I.

2002. Recuperar las continuidades y transformaciones: las ‘juntas’ y borracheras de los indios de Quilino y su participación en la justicia colonial. En *Los pueblos de indios del Tucumán colonial*, Farberman y Gil Montero (comps.), pp. 175-202. UNQ-UNJU. Quilmes. Jujuy. Argentina.

2013a. La Numeración de los indios del partido del Río Salado. Santiago del Estero, 1607. Encomiendas y servicio personal. Corpus, Archivos virtuales de la alteridad americana 3:2. <http://corpusarchivos.revues.org/535> y <http://corpusarchivos.revues.org/535#annexes> (Acceso junio de 2014).

- 2013b. "Donde están situados los mas yndios de la jurisdicción desta ciudad". Un acercamiento etnohistórico a las encomiendas y pueblos de indios del río Salado. Santiago del Estero entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII. *Surandino monográfico* Vol. 3, N°2:1-23
- Curzio, D., S. Soria y A. Tomasini.
2004. Arqueología Histórica del extremo Sudoccidental del Chaco y vertiente oriental de Sierras Subandinas: Nuestra Señora de Talavera (1566-1609). *Revista Escuela de Historia* 3:1-3.
- Dillehay, T.
2003. El colonialismo inka, el consumo de chicha y los festines desde una perspectiva de banquetes políticos. *Boletín de Arqueología PUPCP* 7:355-363.
- Dobrizhoffer, M.
1968 [1783]. *Historia de los abipones II*. Universidad Nacional del Nordeste. Resistencia. Chaco. Argentina.
- Doucet, G.
1979. Los títulos de encomienda en la gobernación de Tucumán. *Documentación y Archivos de la colonización española*. Tomo I: 91-180.
- Farberman, J.
2005. *Las salamancas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial. Siglo XXI*. Buenos Aires. Argentina.
2008. Santiago del Estero y sus pueblos de indios. De las Ordenanzas de Alfaro (1612) a las guerras de independencia. *Andes, Antropología e historia* 19:225-250.
2011. Entre intermediarios fronterizos y guardianes del Chaco: la larga historia de los mataraes santiagueños (siglos XVI a XIX). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*: <http://nuevomundo.revues.org/61448>. (Acceso junio 2014)
- Farberman, J. y C. Taboada
2012. Las sociedades indígenas del territorio santiagueño: apuntes iniciales desde la arqueología y la historia. *Runa* 33(2):113-132.
- Giudicelli, Ch.
2011. Historia de un equívoco. La traducción etnográfica de las clasificaciones coloniales. El caso neovizcaíno. En *Fronteras Movedizas. Clasificaciones Coloniales y Dinámicas Socioculturales en las Fronteras Americanas*, Giudicelli (comp.)139-171. El Colegio de Michoacán. México.
- Gramajo, A.
1979. El Contacto Hispano Indígena en Santiago del Estero con especial referencia a la cerámica. *Serie Estudio* 2: 7-26.
1982. Posibles influencias incaicas en Santiago del Estero. *Serie Estudio* 3:35-59.
1994. Pueblos de indios postconquista de la jurisdicción de Santiago del Estero: investigación en fuentes. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XVIII*: 181-209.

Jaimes Freyre, Ricardo

1915. *El Tucumán colonial. Documentos y mapas del Archivo de Indias*. Coni. Buenos Aires.

Lorandi, A. M.

1974. Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones de la sociedad Argentina de Antropología VIII*:199-236.

1978. El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina. *Journal de la Société des Américanistes LXV*: 61-85.

1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de Trabajo. *Relaciones de la Sociedad de Antropología XIV (1)*:147-164.

1984. Soñocamayoc. Los Olleros del Inka en los Centros Manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata 8*:303-327.

Lucaioli, C.

2011. *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica del siglo XVIII*. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires. Argentina.

Martínez, A. T., C. Taboada y A. Auat

2011. *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)*. Colección Intersecciones. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires. Argentina.

Ottonello, M. y A. M. Lorandi

1987. *Introducción a la arqueología y a la etnohistoria. Diez mil años de historia argentina*. EUDEBA. Buenos Aires. Argentina.

Palomeque, S.

2009. El Tucumán durante los siglos XVI y XVII. La destrucción de las 'Tierras Bajas' en aras de la conquista de las 'Tierras Altas'. En *Las Sociedades de los paisajes áridos y semiáridos del centro oeste argentino*, Martini, Pérez Zavala y Aguilar (comps.), pp.173-206. UNRC. Río Cuarto. Argentina.

Reichlen, H.

1940. Recherches Archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rép. Argentine). *Journal de la Société des Américanistes LXV*:133-225.

Relaciones

1940. Los aborígenes de Santiago del Estero, vol II. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

Schaposchnik, A.

1997. La confrontación de datos al interior de un cuerpo documental. En *El Tucumán colonial y Charcas*, Lorandi (comp.) Vol.1, pp.283-307. UBA. Buenos Aires. Argentina.

Serrano, A.

1938. *La Etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada Civilización Chaco-Santiagueña*. Editores Casa Predassi. Paraná. Argentina.

Taboada, C.

2011. Repensando la Arqueología de Santiago del Estero. Construcción y análisis de una problemática. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVI*: 197-220.

2013a. Reflexiones sobre arqueología y construcción de identidades para Santiago del Estero. *Trabajo y Sociedad* 21: 347-361.

2013b. Espacio, cultura material y procesos sociales en la llanura santiagueña. Modelo alternativo para pensar a las poblaciones de la región. En *Arqueología y Ethnohistoria de la Vertiente Oriental de los Andes*, Ortiz, Ventura y Cremonte (eds). UNJu. San Salvador de Jujuy. Argentina. (En prensa).

2014. Sequía Vieja y los Bañados de Añatuya en Santiago del Estero. Nodo de desarrollo local e interacción macrorregional. *Comechingonia* 18:93-116.

Taboada, C. y C. Angiorama

2010. Metales, textiles y cerámica. Tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu. *Memoria Americana* 18(2):11- 41.

Taboada, C., C. Angiorama, D. Leiton y S. López Campeny

2013. En la llanura y los valles...Relaciones entre poblaciones de las tierras bajas santiagueñas y el estado inca: materialidades, elecciones y repercusiones. *Intersecciones en antropología* 14: 137-156.

Von Hauenschild, J.

1949. Ensayo de clasificación de la documentación arqueológica de Santiago del Estero. *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba XXXVI*: 7-75.

Wagner, E. y D. Wagner

1934. *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Tomo I. Compañía Impresora Argentina S. A. Buenos Aires. Argentina.

Wagner E. y O. Righetti

1946. *Arqueología comparada*. Cia. Impresora Argentina. Buenos Aires.

Williams, V. y B. Cremonte

1994. ¿Mitmaqkuna o circulación de bienes? Indicadores de la producción cerámica como identificadores étnicos. Un caso de estudio en el NOA. *Avances en Arqueología* 2:9-27.

FUENTES CONSULTADAS

Berberián, E.

1987. Crónicas del Tucumán, siglo XVI. *Comechingonia*. “Capítulos de una información de los servicios prestados por Pedro González de Prado”. Pp.22-26.

Diego Fernández, “Primera parte de la Historia del Perú” pp. 47-63.

Pedro Sotelo de Narváez, “Relación de las provincias del Tucumán”. pp. 235-243.

Alonso de Barzana, “Carta de P. Alonso de Barzana”. Pp.251-263.

Larrouy, A.

1923. Documentos del Archivo General de Indias para la Historia del Tucumán. I. 1591-1700. Rosso. “Descripción de 18 curatos del Tucumán”. Pp. 354-408.

Levillier, R

1919. *Gobernación del Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores*, tomo I (1548-1583). Sucesores de Rivadeneyra.

“Memorial de Sebastián de Santander en nombre de Francisco de Aguirre”. 1581”. Pp. 461-518.

1920. *Gobernación del Tucumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores*, tomo II. Sucesores de Rivadeneyra.

“Información de los méritos y servicios del capitán Juan Gregorio de Bazán”. 1585-1589. Pp. 220- 335.

“Probanza de los méritos y servicios del Contador Nicolás de Garnica” 1585. Pp. 347-367.

1920. *Gobernación del Tucumán. Papeles de los gobernadores en el s. XVI, T. I, Pueyo*.

1586.” Carta a S.M. de Juan Ramírez de Velasco”. Pp. 177-208.

Paucke, F.

1943. *Hacia Allá y para Acá. Una Estadía entre los Indios Mocabíes, 1749-1767* II. Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán. Argentina.

Fuentes Inéditas

Colección Gaspar García Viñas (Biblioteca Nacional, Buenos Aires).

252. Probanza de méritos de Hernán Mexía Miraval. Santiago del Estero, 28 de febrero, 1584.

2858. Testimonio de las culpas de Gerónimo García de la Xara. Sin lugar, 1588.

2711. Carta al Rey de Francisco de Arévalo Briceño. La Plata. 13 de febrero, 1585.

BREVE CURRICULUM VITAE DE LAS AUTORAS

Constanza Taboada: Doctora en Arqueología y Arqueóloga (ambas por la Universidad Nacional de Tucumán). Investigadora del CONICET y docente de la Carreras de Arqueología y Documentación Museográfica (UNT). Investigadora del Instituto de Arqueología y Museo (UNT) y del Instituto Superior de Estudios Sociales (CONICET). Desde hace varios años ha concentrado su investigación en la arqueología de Santiago del Estero. Actualmente dirige un proyecto de investigación en la zona (PIP 11/265) y desarrolla la parte arqueológica de otro (PICT 1021) dirigido por Judith Farberman, coautora del artículo. Tiene varios artículos sobre el tema. En el año 2011 se reeditó el libro en coautoría (Martinez a. T. C. Taboada y A. Auat) “Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)” en la Colección Intersecciones de la Universidad Nacional de Quilmes.

Judith Farberman: Doctora en Historia por la Scuola Superiore di Studi Storici di San Marino. Investigadora del CONICET y docente de Historia Argentina en las universidades nacionales de Quilmes y Buenos Aires. Directora del Centro de Estudios de Historia, Cultura y Memoria (CeHCMe) de la Universidad Nacional de Quilmes. Además del proyecto en colaboración con Constanza Taboada, trabaja sobre cuestiones de historia social y agraria colonial en Santiago del Estero y en Los Llanos de La Rioja. Es autora de los libros “Las salamancas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial” (Buenos Aires, Siglo XXI, 2005) y de “Magia, brujería y cultura popular. De la colonia al siglo XX” (Buenos Aires, Sudamericana, 2010) y de numerosos artículos.

